

impetuoso, más vehemente que la ambición de los hombres. El amor, para que ha nacido, se pierde, y toman los anhelos de poder y de dominación toda la fuerza creadora y toda la ceguera sublime del amor. Así el gran psicólogo de la literatura moderna pintó en lady Macbeth los excesos de la ambición desesperada y fría. Tal era Livia. Sin mandar no concebía la vida. Cuarenta años de gobierno ¡ah! no la habían hastiado de este peligroso ejercicio, que se presentaba á la vejez con todas las seducciones imaginables. Para ella, pues, vivir equivalía en el fondo á imperar, é imperar á vivir. Fuera del poder, sólo concebía el sepulcro. Mientras Augusto viviera, estaba segura de ejercer sobre Augusto su imperio y de asegurar, por tanto, la propia fortuna. Pero, muerto Augusto, los sucesores la condenarían al alejamiento del poder, al destierro de Roma, quizás á la muerte. Mientras esperó sucesión, esperó también que el hijo de la mujer más amada en el hogar sería el adoptado y preferido para el imperio, pues todos cuantos ejercen la tiranía de cerca ó de lejos saben muy bien cómo intentan los tiranos siempre amoldar el mundo y amoldar la humanidad á su propia imagen y semejanza en guisa de dioses. Pero cuando pasaron los años, vino la vejez y desvanecieron las esperanzas de sucesión directa, Livia sólo tuvo entonces un pensamiento: elevar al trono el hijo de su primer matrimonio, Tiberio; y para realizar este pensamiento, sólo tuvo un propósito: suprimir la familia del segundo marido, suprimir la familia de Augusto. ¡Cuántos crímenes en los santuarios del despotismo! Divinizad al hombre y lo veréis convertido en bestia.

Pero, no pudiendo tolerar Tiberio la tiranía de su madre, dejó abandonada la Ciudad Eterna y se fué presuroso á su isla. Desde tal resolución reinó Livia como emperatriz absoluta en Roma, sin necesidad de mirar ni á la cara de su esposo ya muerto, ni á la cara de su hijo ya por completo desterrado. El Imperio no tenía para ella secretos, como la conciencia no tenía en ella escrúpulos. Consagrada muy de antiguo á mandar, ningún otro pensamiento ocupaba su inteligencia, ninguna otra pasión su pecho. Creída de que ella era la salud del mundo, creía también justo cuanto á conservar la se dirigiera. El destierro á lejanas tierras, la reclusión perpetua en obscuras cárceles, la muerte ó por los esbirros oficiales ó por los asesinatos domésticos, el veneno en las entrañas y la calumnia en

las almas, todo contra sus enemigos le era igual, si conspiraba de cualquier modo al fin deseado, á la conservación y robustecimiento de su poder y de su fuerza. Lo que más tenía sobre el alma era la necesidad de divertir al pueblo de los graves pensamientos políticos para sumirlo en las alegres y continuas fiestas orgiásticas. Así lo apartaba de los ejercicios del alma y lo entregaba á las voluptuosidades del cuerpo. Con esto tenía á su arbitrio ánimos apocados y naturalezas pervertidas sin cuento, donde arraigar con más vigor su despotismo, fino en la apariencia como de astuta hembra, y en realidad cruelísimo é implacable, porque aquella hembra era fría como una horrible Parca. A los setenta años, la varonil mujer, sin que la pesadumbre de su edad le abrumase las espaldas, ni los remordimientos le abrumasen el alma, sosteníase muy entera y erguida, superior á todos los trabajos, como pendiente de una idea cuya fuerza de atracción era inmensa, como pendiente del convencimiento que tenía de presidir por su genio á la suprema dirección del mundo y de llevarlo con esta dirección inteligente á seguro puerto. Así, cuando su hijo le rogaba que volviese á la vida privada, que se recluyera en su palacio, mirábalo con la mirada de las aves rapaces ó de las bestias carniceras. Y reunía los magistrados, los poetas, los senadores, los patricios, los caballeros, á fin de lanzar agudos dardos á la persona de Tiberio en público y recordar indirectamente que Livia lo había engendrado, parido, criado, puesto en el trono, moviendo á su favor el ánimo de Augusto, siempre inclinado á detestarle, libertándole de sus innumerables competidores y rivales en la familia imperial, llamándolo á la cabecera de su antecesor en el instante supremo y único de recoger la herencia. El desacato llegó tan lejos, que se compusieron versos en la tertulia de Livia, diciendo á Tiberio que, general, se embriagaba de vino, y emperador, se embriagaba de sangre.

Cuando el emperador recibía los periódicos de Roma y echaba una ojeada sobre los contertulios de la emperatriz, pomposamente anunciados entre las más curiosas noticias, ya sabía que allí le reservaban una oposición implacable, parapetados sus enemigos tras la majestad de su madre. El senador se quejaba de que, siendo su dignidad más antigua que la dignidad de César, fuese también más despreciada; el tribuno se dolía de que, teniendo un veto para

defender al pueblo, después que Tiberio usurpaba sus facultades, no podía inquirir ni dónde acababan sus derechos ni dónde comenzaban sus deberes; los jurisconsultos se reían de que en Roma nadie supiera los hechos vedados ni los hechos permitidos; el satírico azotaba las malas costumbres alimentadas por los altos ejemplos, y el filósofo discurría sobre las virtudes perdidas con las instituciones antiguas, usando todos de unas libertades de lenguaje más latas ó restrictas, según que la madre estaba de buenas ó de malas con su opresor y opreso hijo. Pero si, en medio de estos atrevimientos de la palabra, excitados muchas veces por el vino, llegaban á creer que alguno de los presentes podía tener la alta honra de contarse entre los espías tiberianos, quedábanse todos helados y mudos de espanto. Cierta día que Tiberio dirigió algunas palabras duras al Senado, sucedió que un senador allí mismo, en su privilegiada silla, se murió del susto. Y, sin embargo, veíanse muchos que no se resignaban fácilmente á perder sus epigramas, aun corriendo seguro riesgo de perder sus cabezas. Lo cierto es que, alentadas las murmuraciones corrientes en casa de Livia, los ciudadanos se asentaban al aire libre en los bancos de piedra circulares erigidos por las encrucijadas, y allí, entre los juegos de titiriteros, los ejercicios de perros, monos y hasta cerdos sabios, las canciones propias de la calle, los versos recitados por los poetas ambulantes, los gritos de los vendedores, los pregones de los anuncios, discurrían de política, pasaban revista á las magistraturas, descomponían la geografía del Imperio, contaban anécdotas sobre la vida privada del emperador, y vertían las ideas más extrañas y las noticias más raras acerca de los diversos ejércitos diseminados por las fronteras y de sus continuas guerras. En esto, la gran señora pasaba en su litera conducida por esclavos, y á la portezuela iba, peinado como una mujer, es decir, con la raya partida por mitad de la frente, vestido de ricas preseas, oliendo á todos los perfumes de Arabia, mostrando los brazos desnudos y afeitados, el joven epicúreo, galanteador y murmurón y dicharachero, el cual, entre un cantar de Egipto y otro cantar de España, y entre dos cuentecillos verdes y algunas anécdotas escandalosas, después de haber dicho quién era la querida del vecino y cómo se llamaba la manceba del transeunte, solía soltar con miedo, pero con gracia, algunas palabras de oposición al emperador y al

Imperio. A lo mejor traían algo más, deslizaban furtivamente un libelo que no se leía sino cuando el lector estaba expuesto materialmente á la muerte. Durante algún tiempo Tiberio había resuelto no parar mientes en esta oposición, repitiendo ciertas fórmulas de Augusto, las cuales aconsejaban á los césares curarse poco del mal que pudieran personalmente hacerles. Pero luego se fué indignando á medida que fué creciendo en autoridad y en poder. Bien es verdad que le criticaban por mal hijo si reñía con Livia, y por mal emperador si la respetaba; por cruel si á los gladiadores iba, y por misántropo y sombrío si no iba; por vano si oía las adulaciones y aceptaba los honores, y por soberbio si lo desdeñaba todo; por tonto si prohibía la fundación de templos á su nombre, y por insensato si la toleraba; por irreverente con la naturaleza si encauzaba las aguas del Tíber, y por asesino de los romanos si las dejaba fluir á su antojo y diseminar las homicidas fiebres; por cobarde si no acudía al ejército, y por ambicioso si acudía; siempre asaeteado de una oposición que le envenenaba hasta el alma. Así daba muestras muy expresivas de que aquella irreverencia no podía continuar, arrojando de lo alto del Capitolio abajo á un murmurador, ahorcando á otro en la cárcel; pero duraba el silencio lo que duraba el miedo, y el miedo, á su vez, lo que el siniestro recuerdo de estos crímenes. Donde la oposición se avivaba más era en el teatro. Toda tragedia tenía un personaje igual completamente al traidor de nuestros melodramas, y era el tirano. Pasaba la escena en Grecia, á las orillas del Egeo, entre los bosques de Tesalia, bajo los laureles del Pindo, ó al eco de los ruiseñores de Colonna; pero lo cierto era que aquel hombre, superior á todos los hombres, calzado de coturno, vestido de púrpura, coronado de resplandeciente diadema, puesto en el trono, sobre cuya persona se condensaban todos los crímenes y todos los odios, ebrio de orgullo, largo en palabras resonantes, corto en acciones buenas, manchado de sangre, sordo á toda súplica, blando á toda lisonja, con la muerte por mensajera y la guadaña por cetro, señalado al puñal de un Bruto y de un Casio como la víctima en verdad más agradable á Júpiter, maldecido en versos que recordaban la antigua indignación de los tribunos... ¡ah! ni era ni podía ser otro que el emperador reinante sobre todos y de todos odiado. Llegábase hasta repetir en las tablas frases que Tiberio

había dicho, como éstas: «Solamente los césares demasiado benévolos matan de un golpe; en Roma los condenados concluirán por agradecerme como un favor la muerte.» Las injurias llegaban á tal extremo, que el emperador se veía obligado, por su tumulto y por su número, á ir en persona á Roma para refrenarlas. En cuanto el Senado quería apuntar su oposición al emperador, decretaba alguna nueva manera de honrar á Livia. Y en cuanto Livia aceptaba la honra decretada, el emperador prohibía su ejecución. Ordenada una estatua, Tiberio la impidió. Livia, en venganza, elevó por el mismo sitio designado á su efigie, cerca del teatro Marcelo, otra efigie de Augusto, inscribiendo su nombre y su dignidad de emperatriz antes que el nombre y la dignidad de su hijo. Luego, viendo que éste no iba resueltamente á verla, se entró en sus salones con la naturalidad y el imperio de siempre, á imponerle cualquier decreto repugnante para probar todo su poder. Tiberio, que muchas veces acariciaba en secreto la idea de sacrificar á su madre, caía rendido á sus pies, fascinado por el terror, en cuanto la veía aparecer altiva é imperiosa, como si ella fuese aún joven y él aún fuese niño. La primera vez que le habló después de sus últimos disgustos, herido Tiberio por las tertulias de Livia y herida Livia por las disposiciones contra su estatua, que sostuviera tan tenazmente Tiberio, empeñóse la emperatriz en que había de dar no sé cuál dignidad altísima á uno de sus libertos. El emperador se resistió tenazmente; pero más tenazmente todavía reclamó la emperatriz. Vencido al fin Tiberio por aquella mirada fascinadora, por aquellas palabras cortadas y breves, por aquel tono imperioso, por aquellos ademanes resueltos, convino en decretar la dignidad demandada, pero á condición de poner en el decreto que cedía á las obsesiones de Livia. Al oír esto la emperatriz se irguió como una serpiente anhelosa de clavar su aguijón y de verter su veneno. Relámpagos de ira cruzaron por sus ojos de gata. La voz salía de su garganta como el resuello de un volcán comprimido. Los recuerdos de cuanto Tiberio le debía á ella y de cuanto ella le debía á Tiberio brotaron de sus estrechos labios y se agarraron como las célebres culebras de Laoconte al cuerpo del emperador. Ya fuera de sí, como quien busca un puñal para dar un golpe de gracia, buscó en su pecho unos recuerdos de Augusto, unas cartas donde estaba escrito el juicio de

Tiberio trazado de mano maestra por su predecesor. Mientras Tiberio se revolvía en su silla, la emperatriz, de pie á su lado, cogiéndole por el brazo como para obligarle á recibir por fuerza los asesinos golpes, leía la sentencia póstuma, palabra por palabra, recalcando las más duras y las más acerbas, y uniéndolas á relámpagos de ira lanzados por aquellos ojos, teñidos en tal sazón del color verdoso de la muerte. A semejante lectura, en que salían las palabras de taimado, hipócrita, cruel, traidor, soberbio, vicioso, criminal, cobarde, el emperador, temblando con escalofríos homicidas que le cogían de los pies á la cabeza, se agarraba á su madre, como en súplica de misericordia y de perdón. Pero cuando no pudo ya más, cuando perdió la luz de los ojos, cuando sacudimientos epilépticos atravesaron todo su cuerpo y nubes obscurísimas cayeron sobre su alma, fué al oír que Livia leería, si era preciso, al Senado esta opinión de Augusto sobre su infame sucesor, opinión cuyos ecos redundarían en su eterna deshonra. Bajo tal amenaza firmó Tiberio el decreto con presteza, despidió á su madre con amor, llamó una litera con impaciencia, salió de Roma con miedo y se fué á la isla de Capri, anheloso por ocultar su vergüenza y decidido á ofrecer todos los días un sacrificio á los dioses para que lo libertaran prontamente de su imperiosa y vengativa madre.

Esta, cada vez más airada contra su hijo, presentábase al circo para complacer al pueblo y para contrastar con sus gracias y con sus larguezas la sombría avaricia y la prolongada ausencia de Tiberio. Desde el día en que los comicios se acabaron, crecieron los juegos. No pudiendo ir los pueblos á las asambleas, iban á los anfiteatros. No pudiendo apasionarse por la libertad y por el derecho, se apasionaban por el caballo de España ó por el atleta de Tracia. Los partidarios de Pompeyo, de Catón, de Marco Tulio ya no existían; pero existían los partidarios de los verdes, los azules, los blancos y los rojos. Mucha sangre se derramó por la dignidad de los tribunos, por los votos en curias ó en centurias; pero más sangre, mucha más se derramó por las carreras y por las luchas del circo. En una de estas sangrientas competencias murieron treinta mil ciudadanos. Y no había remedio: el alma del pueblo necesitaba alimento, su corazón emociones, su sensibilidad motivos de un febril ejercicio, y vinieron estos combates protervos á reemplazar las nobles

luchas del pensamiento y de la palabra. Jamás se dió una caída tan profunda desde altura tan eminente como la caída del pueblo romano desde las cimas de la libertad á los profundos abismos del imperio. El emperador no parecía por los juegos. Pero Livia los preside, sabiendo que la presencia en los juegos constituye una parte esencial en su política. Los años pasaban por esta mujer de hierro y no disminuían sus fuerzas. Diríase al verla que personificaba la Ciudad Eterna y que tenía como la misma Roma vinculadas en su persona la inmortalidad y la fuerza. Mas al cabo un día vino, como era natural y necesario, la muerte. En edad bien avanzada, bajo el consulado de los Genuínos, aparatosos apellidos republicanos irrisoriamente conservados á la cabeza del imperio, expiró la emperatriz, llamada Livia de nombre propio, Julia por su ingreso en la familia de los Césares, Augusta por su dignidad; descendiente de los Claudios, orgullosos patricios que desde los primeros tiempos de la República descollaron por su odio á la plebe; mujer un día del noble Nerón, madre del tirano Tiberio, genio é inspiración de Octavio; superior á los placeres y voluptuosidades de los sentidos como una matrona de la República; criminal y asesina como una furia del Imperio; dama imperiosa en su política; de un disimulo singular y de una maestría sin límites; tan dispuesta á sufrir las fatigas de los soldados como á ejercer las seducciones que la debilidad y la ternura prestan á su sexo; resuelta á todas las maldades necesarias para consolidar su imperio bajo la apariencia de una virtud austérrisima; genio verdadero de la dominación, implacable imagen del despotismo. En cuanto murió la madre, respiró el hijo. Así fué su entierro sin aparato y su testamento sin efecto, su apología obra de uno de sus nietos medio loco, pues ya no inspiraban miedo los restos de aquella majestuosísima é imperiosa madre. En su retiro estaba Tiberio al recibir la fausta noticia, y se excusó de asistir á los funerales, so pretexto de ocupación, y borró las honras decretadas por el Senado, y se opuso á la apoteosis, y escribió cartas lanzando finos acerados dardos á los idólatras de las mujeres metidas á pedantear en la política, dardos que iban emponzoñados con un sarcasmo aterrador, puesto que eran próximos é inmediatos mensajeros de la muerte. Lo cierto es que desde este instante no tenía ya ningún freno el despotismo de Tiberio. César y cautivo, con la

sombra de su madre desaparecía la última sombra de su cautiverio. Era ya dueño y señor de la tierra. Su madre, cuando la luz de los ojos se apagaba, lejos de recogerse en su conciencia para examinar los hechos de su política y el juicio de la historia, se volvió hacia uno de sus libertos y le dijo que encargaba á Tiberio con resolución la muerte de sus últimos competidores todavía supervivientes á tantas emboscadas, traiciones y crímenes. Y aquellos competidores eran sus propios nietos. ¡Cuán desoladora es la tiranía!

Cuando estudiáis á Agripina inmediatamente veis los sendos factores á su complexión llevados por estas dos abuelas ilustres, por Julia y Livia. No hay que olvidar el parentesco fisiológico entre Agripina y cada cual de ambas. La madre de Nerón fué hija de la hija de Julia, llamada también Agripina. Julia fué, por tanto, abuela materna suya. Pues Livia fué su bisabuela paterna. Tuvo ésta en su primer matrimonio á Druso, hermano del emperador Tiberio. Druso tuvo á Germánico en Antonia, y Germánico tuvo en Agripina, hija de Agripa, durante sus campañas militares por las orillas del Rhin, á la madre de Nerón, á la esposa de Claudio. Estudiándolas á las dos, á Julia y Livia, estúdiase á la feroz Agripina en sus capitales aspectos. La razón de Estado juntaba en el tálamo á seres enemistados por odios verdaderamente seculares. En cumplimiento de ley tan particular, Agripina fué generada por vástagos de una proscrita como Julia y de una perseguidora de Julia como Livia. Víctimas y verdugos súmanse por extraordinarios ayuntamientos de seres, que llevaban en sus venas difusos sendos seculares odios. No sucede así en las especies combatientes de las escalas inferiores orgánicas, donde nunca se unen los milanos con las palomas y los corderos con los lobos. De Julia recibió Agripina la voluptuosidad inextinguible y la hermosura perfecta en el cuerpo. De Livia recibió Agripina las insaciables ambiciones del alma. Así este doble monstruo se arrastró en los lodazales del vicio como la una y se irguió como la otra en lo alto del trono. Lo que diferenciaba su persona de las otras dos personas era que Julia se había creído excluída por su voluptuosidad nativa del gobierno y Livia del placer por sus nativas ambiciones. Agripina imaginaba que podían compadecerse perfectamente los goces del sentido y los goces del mando. A Livia no se le conoció ningún

amador en la vida fuera de sus maridos; á Julia no se le conoció ninguna influencia fuera de la natural que le daban sus prerrogativas y sus categorías de princesa imperial y augusta; pero Agripina tuvo amantes como los libertos de Claudio, como los patricios que derogaran en su pro las incompatibilidades antiguas para el matrimonio entre parientes, como los cortesanos que cooperaron á su conspiración para señorearse del Imperio; y todas estas sensualidades, más ó menos ocultas bajo una hipócrita máscara, no se opusieron al asiduo empeño en acaparar el poder y en usarlo. Cuando leéis las tragedias antiguas observáis que las voces de los oráculos ó las profecías de los augures, desde los primeros hexámetros designan y anuncian la suerte y el destino de los héroes. Lo mismo hacen por aquel tiempo los historiadores que los poetas. No hay hecho capital en las biografías de sus héroes, no lo hay, sin su correspondiente correlación estrecha con algún presagio moral y físico. La filosofía en tal tiempo no había desconsolado al hombre con la indiferencia del universo. Imaginábase creado todo para la especie humana y en los seres inanimados existente una secreta correlación, así con las desgracias como las venturas nuestras. De aquí los avisos, los augurios, los presagios encontrados en las conjunciones entre los astros por los cielos y en los aleteos del ave por las alturas. Pues, al evocar la imagen de Livia, os anticipáis las tragedias de Agripina. La bisabuela y la biznieta quisieron á sus respectivos engendros, Tiberio y Nerón, como quiere á sus hijuelos el águila y á sus cachorros la leona. Bisabuela y biznieta se desviaron por granjearles y conservarles un trono á fuerza de crímenes. Los dos emperadores se sintieron muy obligados con sus madres mientras éstas les allanaron las vías al poder, muy desobligados en cuanto al poder subieron y las encontraron, más que copartícipes naturales de sus ventajas, únicas usufructuarias con detrimento de uno y otro. Así, los afanes de Livia por Tiberio anticipan los afanes de Agripina por Nerón como los odios de Tiberio á su madre Livia por su parte anticipan los odios de Nerón á su madre Agripina. Pero no anticipemos nosotros la historia quitándole interés. Después de haber enseñado en toda su verdad fisiológica la complexión de dos abuelas como Livia y Julia, veamos el atavismo realizándose con siniestra fatalidad en Agripina.

ASTIANAX

KALENDIO



Combate de gladiadores

CAPÍTULO XIV

LOS COMIENZOS DEL NUEVO REINADO

Habíase realizado el sueño de Agripina. Casada con un maniquí tal como su tío Claudio, gozaba del poder público en absoluto y sin coparticipación de persona ninguna. Esta satisfacción de un deseo tan vivo por su intensidad como tenaz por su duración, trascendía de suyo al rostro, dándole un viso como el que pudiera poner escultor griego de los primates y sobresalientes en la faz divina de sus Minervas y de sus Junos. La expresión se fija con facilidad en las estatuas clásicas por hallarse más cerca de labios y ojos y frentes el alma de los antiguos, equilibrada y tranquila, que se halla hoy el alma de los modernos, reconcentrada en sí por llena de los infinitos deseos que le han prestado los dogmas y la moral del Cristianismo. El remordimiento no mordía en un corazón antiguo, cual muerde ahora en los corazones nuestros, por no hallarse la idea de una responsabilidad personal eterna tan acreditada cual hoy, ni lucir la conciencia con el resplandor inextinguible que le han dado veinte siglos de progresos continuos. Livia, después de haber asesinado á los hijos y á los nietos de su esposo Augusto en el hercúleo trabajo de preparar el trono y las vías al trono conducentes para su hijo Ti-